

Tierra y Libertad

Cómo es y cómo podría ser la vida

La vida es hoy misera, horrible, criminal y fea. No tiene una sola perspectiva que valga la pena de realizarla.

Desde antes de venir al mundo, y habiendo sido la unión de nuestros progenitores un cálculo mercantil que se hizo haciendo del amor una mercadería, somos hijos del sometimiento, del deber, del ayuntamiento de dos antropoides en organismo; pero no hijos del amor, del placer, del cariño. Criaturas formadas por la intensidad del amor, por su belleza, por su fuerza, seríamos seres perfectos; fallos de ese material de perfección, somos unas sombras, unas larvas, algo que pugna contra la estética y carentes en absoluto de principios éticos, determinados por la perfección física.

Lactantes nos llevamos los estigmas del cálculo, cuando no los de los vicios del alcohol y la sífilis de los que nos engendraron, sin tener más o menos un concepto racional y consciente de esta función tan digna como elevada, que el que tienen las bestias, satisfaciendo el imperativo del instinto.

Tiempos carraños, raquíuticos, enclenques, morbosos, escrofulosos y tuberculosos; somos el fruto directo de esas vidas rotas, desilusionadas e infectadas. El problema de la manutención ya se presenta pavoroso. En lugar de mamar leche sabrosa y abundante, que nos criara robustos y fuertes, hacemos sangre de las venas de nuestras madres, y sangre pobremente globulosa.

Es decir, que sin haber cometido delito alguno contra la sociedad, ya que somos débiles niños, la sociedad nos condena a la miseria, haciéndonos pagar cara pena y tratándonos de la forma más criminal y despiadada.

Pasamos entecos y carraños de la edad de la lactancia a la de la niñez, y en el hogar que habitamos, zahudas o zaguamias que ni las bestias los ocuparían, vivimos o despertamos a las primeras sensaciones.

Y qué sensaciones! Paredes negras, sin luz, sin aire y sin sol. Muchos viejos, rotos y mugrientos. Rostros torvos, tristes y enfados, peor que los que ponen las bestias de carga. Húmedos y disgustos. Lágrimas y suspiros, cuando no golpes. Y todo porque en el arca falta harina, y nosotros, niños, pedimos pan.

Para nuestra niñez no hay las alegrías del hogar. El hogar nuestro es feo, el hogar nuestro es doloroso y en el hogar nuestro hay hambre, miseria y escasez.

Comenzamos a darnos cuenta de las injusticias que la vida nos reserva. Ya sentimos sobre nosotros los zarzapos del hambre; ya nuestros débiles miembros tambalean, se encogen y comienzan a sentir el peso abrumador de un trabajo que se nos impone, superior al desarrollo corporal.

En la escuela, ante un domine que tampoco come, siempre agriado o disgustado, con la palmata en la mano, autoritario, capotista y agresivo; inclinado a la dádiva del poderoso, mientras que a ti te trata mal, por el delito de ser pobre.

Más tarde, llegan a hacer a tu carne carnaza de taller, fábrica y mina, y sienten la tiranía, la explotación, el aniquilamiento.

Y si llegas a ser hombre, continuarás la senda de miserias y dolores que todos te enseñaron, y si te rebelas, porque comprendes que las injusticias esas de la vida, sus fealdades, las injusticias y crímenes se pueden borrar con la implantación del ideal que tu espíritu ansioso de bienestar atesora, entonces, ¡ay!... entonces, te sepullarán en la cárcel, te darán cuatro batuzos o te colgarán de un madero.

Así es la vida. ¡Y qué distinta pudiera ser!

Suprimamos lo tuyo y lo mío, por lo nuestro, por lo de todos.

No obliguemos a ser al médico un comerciante del dolor ajeno, un traficante, un malasangre. Al holicario, un envenenador de oficio; al ingeniero, un irresponsable; al abogado, un mentiroso; al sacerdote, un falsario, y al político, un granuja.

Mil veces hemos escrito, escribimos y escribiremos que la vida puede ser más bella, buena y feliz, pero borrando en absoluto las diferencias económicas entre los hombres y suprimiendo todos los sistemas que tienden a la opresión, a la tiranía, al dominio.

Que no haya más que trabajadores, todos trabajadores. Los unos a hacer viviendas higiénicas y cómodas, utensilios útiles a la vida, y los otros, a producir alimentos necesarios a la conservación. Unos a darnos pan para el cuerpo y otros pan del arte, de la belleza, para el alma.

No hay necesidad de hambres, pestes, guerras. Esas son cosas feas y odiosas, que debemos desterrar del estadio de la vida social.

No habrá miedo al maquinismo ni a que éste desahogue del círculo del trabajo a gran número de obreros que vengan a aumentar el ejército de los parados, de los hambrientos.

En otro sistema social distinto y aun opuesto al presente, en el que todo sea de todos, no habrá esos pavorosos y dolorosos problemas.

La tierra tiene grandes reservas para la conservación de la especie, y a su vez grandes riquezas aun inexploadas. Puede haber vestido, alimento y cultura para todos por igual. Y así se llegará a la armonía que tanto preconizamos y por la cual luchamos y lucharemos hasta verla implantada.

JUAN EXPOSITO

La semana bufa

Royo Villanova manifiesta su simpatía por «Solidaridad Obrera» y confiesa que es un diario que lee con gusto por estar escrito en castellano y porque se ve que los obreros no tienen confianza en la «Esquerda» ni esperan nada de ella.

Si no tomásemos a broma estas manifestaciones—como merecen ser tomadas—, habríamos de clasificar a Royo Villanova entre los bipedos más imbéciles o entre los más pícaros. Entre los primeros, al cree que esta oposición a los políticos de la izquierda catalana puede aproximarnos; entre los segundos, si sus manifestaciones obedecen a buscar un apoyo moral en los obreros.

Convénzase Royo Villanova que no estamos distanciados de unos políticos y cerca de otros. Entre los políticos y nosotros hay un abismo imposible de franquear, porque la política es mentira, engaño, opresión y pura sifia. El obrero no espera ni puede esperar nada de ellos.

Cuando Royo Villanova sea poder—si llega a serlo algún día—, ya no leerá con tanto gusto «Solidaridad Obrera», sino que la suspenderá, si puede.

En el palacio de la plaza de Oriente se van a habilitar unas habitaciones para residencia provisional del presidente de la República. Y se va a dotar a éste de una pensión de varios millones para que ostente con toda dignidad el cargo.

En el palacio de Justicia—es un decir—, hay presentadas un ercido número de demandas de desahucio, contra los obreros que no están al corriente del pago del alquiler. Todavía no se ha reunido ningún Consejo de ministros para tratar de hallar una fórmula a fin de evitar que centenares de familias se vean en el arroyo al cumplimentarse eso que llaman Ley.

Claro es que esto no tiene tanta importancia como la residencia del presidente de la República de trabajadores. Lo importante es que el presidente viva como un rey, en un palacio real, aunque los trabajadores se mueran de hambre y frío en mitad del arroyo.

Aunque, en honor de la verdad, hemos de reconocer que si el Gobierno no se ocupa de ellos, por lo menos, Anguera de Soló no les echa en olvido. Porque se ha preocupado de alojar convenientemente en la Modelo a los compañeros de la Defensa Económica, y no les desahucia por nada del mundo.

Humanitario que es nuestro gobernador.

Eduardo Ortega y Gasset ha hecho denuncias sensacionales en el Parlamento. Entre otras cosas, ha dicho que en París, un guardia civil mató de tres tiros a un anciano que, por ser sordo, no oyó la advertencia que se le hacía para que pasara por determinado sitio.

Ortega y Gasset ha exigido la responsabilidad criminal correspondiente.

Es un llano ese diputado, como todos. Ya sabemos que eso de las responsabilidades se olvida pronto en esta República, como se olvidaba en aquella monarquía.

El parque de María Luisa, de Sevilla, la Jefatura de Policía de Barcelona... ¡Vaya usted a exigir responsabilidades a esa gente irresponsable!

Mientras no los exija el pueblo, no hay miedo de que esos crímenes tengan su merecido castigo.

El compañero Juan Manuel Molina fué detenido a fines del mes de septiembre. Desde el «Antonio López» fué conducido a Murcia. Y allí continúa preso, a la hora que escribimos estas líneas.

Pero lo curioso del caso es que se le acusa de injurias a la autoridad. Esas injurias están contenidas en una carta dirigida por el compañero al Sindicato del Transporte, de Jumilla, en la que declara el año 1925—, que Anido y Arlegui eran dos fieras selváticas vestidas con uniformes.

La detención del «delincuente» fué llevada a cabo por las autoridades republicanas. Y ésta son las que le mantienen preso y alejado de su familia.

Y eso cuando otros que han dicho menos tienen un acta de diputado, con los correspondientes enchufes.

El tipo nos interesa poco y la noticia se pasa de bufa, pero queremos difundirla para solas del lector.

El Africano dice que llevará ante el tribunal de Justicia de La Haya al Gobierno de la República, por haberle confiscado sus bienes. Y añade que no lleva en sus venas ni una sola gota de sangre española.

Nos consta de modo indubitable que es corso de pura sangre. ¿Por qué no se habrá exiliado en el «malis»? Allí estaría en su verdadero lugar.

Balbonita pide que sea llevado al Parlamento lo actuado acerca del horrible asesinato del parque de María Luisa.

¿No sería mejor llevar al Parlamento, y a alguien más, al parque trágico?

Tierra y Libertad

Redacción y Administración:

4.ª AGRUPACION DE VIVIENDAS
CALLE 7, NUMERO 43
HORTA.—BARCELONA

Precios de paquetes y suscripciones:

ESPAÑA, PORTUGAL Y AMERICA:

Paquete de 25 ejemplares, 1'75 pesetas.

o sea a 11 céntimos ejemplar.

Trimestre 1'— pesetas

EXTRANJERO

Paquete de 25 ejemplares 2'— pesetas

Trimestre 1'50 —

No servimos suscripciones si no se paga por adelantado

La crisis del sistema capitalista

Si en la vida hay algo anormal y contradictorio, es el sistema capitalista, cuyo quebranto nos prueba, evidentemente, que asistimos a su total derrumbamiento.

Haciendo un examen minucioso del estado actual de la organización capitalista, podemos sacar la conclusión lógica de que estamos en presencia de un fenómeno social, cuya trascendencia repercute en todas las esferas. Si hay algo que no tiene una justificación social, es el sistema capitalista, el cual no responde a las necesidades del conjunto. Aparentemente da la sensación de solidez, pero el capitalismo se hunde irremisiblemente y a ojos vistas, pues los factores económicos que constituyen el fundamento de su existencia son vulnerables y sufren las consecuencias inevitables de su propia concurrencia.

La guerra del año 14 ha contribuido de manera poderosa a este estado de desmoronamiento fatal e inevitable, en que el desequilibrio económico ha patentizado que en la economía mundial no juega un papel preponderante las fuerzas proletarias, y si que todo está subordinado a la omnipotencia de las oligarquías imperantes, que son las que, en realidad, conducen la nave del Estado al abismo insostenible del desorden, tan favorable al desarrollo de una política de desenfreno.

La guerra ha tenido para las clases dominantes el signo inequívoco de su bancarrota, que, si alguna virtud ha tenido, ha sido la de llegar a una completa renovación de los valores sociales. Hoy, ante la evidencia palpable de la crisis del capitalismo, las ideas de un orden superior e inmediato de renovación social toma carta de naturaleza, condenando unánimemente el sistema capitalista, que cae por inútil e innecesario.

Los anarquistas no podemos aceptar este sistema, en franca decadencia, porque encadena al hombre como ningún otro; lo combatimos porque nuestra concepción responde a un sentido racional y equitativo de las cosas. El hombre no debe sujetar su libertad y bienestar a las inclinaciones condicionadas de un sistema que sólo responde al interés particular y le regala los medios de vida. Es la hora de las realidades imperativas, y el capitalismo se pone en abierta lucha con el proletariado, dispuesto a arrojarse, una vez más, para conservar sus privilegios. ¿Seremos capaces de aceptar el reto? Seguramente que no precisemos del estímulo ajeno para llevar a cabo nuestra redentora obra. Los anarquistas aceptamos la responsabilidad de un movimiento que transforme la vida de la sociedad, elevándola a un plano superior, en que los medios de subsistencia respondan a las necesidades del momento, en que la humanidad halle la firme garantía de un bienestar

AMARANTA

El indulto no será para nosotros

Se anuncia un indulto general y puede que ya se haya concedido cuando este número aparezca. Pero nosotros aprovechamos la conjuntura para hablar al lector de nuestros presos. ¿Serán comprendidos todos en ese indulto? Aun admitiendo esta posibilidad, bueno será que sometamos a la consideración de los compañeros la posibilidad, más posible, de que muchos de los que ahora salgan de la cárcel vuelvan a estar en ella dentro de muy pocos días.

Este tenor nace en nosotros de las amplias facultades que se dice han concedido al gobernador, en su último viaje a Madrid. Se dice que está ampliamente facultado para aplicar su sistema contra el pistolero. Y aunque ignoramos en qué consiste este sistema, sabemos muy positivamente que hoy se le aplica el sometimiento de «pistolero» a todo aquel que conviene tener en la cárcel por uno u otro motivo.

No es de extrañar, pues, que pronto esté la cárcel llena de nuevo de pistoleros más o menos auténticos. Si sigue en vigor el recurso de las prisiones gubernativas, y nada hace esperar que calga en desuso tal costumbre, nuestros camaradas volverán a ser huéspedes obligados de la cárcel. Y si aún no estamos capacitados para hacer la revolución, que jamás harán los políticos, fuerza será que pensemos en la solidaridad que debemos prestar a las futuras víctimas proclinatorias.

Es necesario que nos preparemos ya para el caso, nada lejano, por desgracia, en que los propagandistas de nuestras ideas sean retirados de la circulación por quien dispone de la fuerza y la emplea en perseguirnos para proteger al enemigo mortal: a la burguesía. Es preciso que tengamos plena conciencia de nuestro deber frente a esa persecución, y procuremos hacer menos desahogada la estancia de la cárcel de los valores más positivos de nuestro campo, que son los que caerán primero, indudablemente.

Todos ellos dejarán en el mayor desamparo a compañeros e hijos; todos ellos abandonarán sus hogares dejando tras de sí la miseria y el dolor. Y nosotros debemos procurar mitigar una y otra, prestándole a las familias de las víctimas nuestro apoyo moral y material.

Cuantos sacrificios hagamos en favor de los presos y de los suyos, ha de ser poco. Pensad, camaradas, que las privaciones son más llevaderas, cuando se goza de la libertad, pero que es una pesadumbre de muerte cuando se vive encerrado en una cárcel, lejos de la familia y de los amigos abnegados que nos prestan sus consuelos.

Todo para los presos; todo para los hijos de los que perdieron su libertad por la causa. Procediendo así damos un alto ejemplo a la humanidad y no tendremos que avergonzarnos nunca de ser hombres.

compatible con todos los ahelos de la sociedad.

Hoy, el panorama de esta sociedad es bien deprimente. A los incontables obreros en paro forzoso, les suceden una procesión de espectros humanos cuyos pálidos rostros ponen de relieve la miseria y el hambre que padecen.

Si a una sociedad de tipo capitalista, que gusta de lo superfluo, de la prostitución y de mil lacras semejantes, no oponemos los anarquistas la razón purificadora de medios conducentes a una nueva y mejor vida, mereceremos el desprecio de nosotros mismos.

Está fuera de toda duda que los contados días que tiene de vida la sociedad presente, serán de agobio, de incesante y cruenta lucha, en las que fuerzas encontradas combatirán hasta lo inverosímil por salir victoriosas. Trágica es la vida actual y trágico ha de ser su fin. Si predecimos su muerte es porque hemos entrevisto una posibilidad de revolución a través de la crisis del capitalismo. Esta sociedad sólo tiene una salida momentánea que puede retrasar su derrocamiento por breves horas; la guerra que está a punto de declararse. Pero esta válvula de escape no ha de darle todo el resultado apetecido. ¿Cómo resolver el problema del paro forzoso? Si este problema queda establecido sobre la base del capitalismo, es insoluble, pues lo que habla de ser bienestar y progreso, representará dolor y miseria. ¡Críste paradoja, de una realidad irreal! Porque triste, muy triste es la realidad social de la existencia del capitalismo.

No puede expresarse el grado de insensibilidad a que ha llegado el hombre, después de implantar un sistema que aleja las fuerzas productoras en lugar de concentrarlas en beneficio de la comunidad. De ahí su fracaso, cada vez más patente e inevitable. No hay nada, en cambio, que tenga un poder de inteligencia como la Anarquía. Esta, atenta siempre a las necesidades del momento, declina en el hombre la facultad de organizar su vida sin la tutela del intermediario. El hombre, en el estado anárquico, vivirá libre, y en esa libertad hallará fácilmente la manera de desenvolver sus actividades en una sociedad mejor, en la que la armonía y la fraternidad se orientan sobre bases incommovibles e indestructibles. Mientras que, en tanto tocare que el sistema capitalista siga imperando, veremos perdurar la injusticia, la ignorancia y el crimen, cuyas normas ordinarias están concentradas en la métrica de esta sociedad mimbunda. Anulamos, pues, este caduco sistema e impingamos nuestra sociedad. El porvenir de la humanidad está vinculada en el régimen racionalista del anarquismo.

Maquinismo y familia

El maquinismo en poder del capital ha hecho del hombre una cosa insignificante, le ha lanzado a la miseria y ha esclavizado a la familia.

Siendo esto verdad, esa mujer que trabaja en la fábrica o taller, rendida, agotada físicamente por el desgaste que ocasiona la jornada; expuesta a una infección pulmonar, principio de tuberculosis, qué alegría puede tener, qué satisfacción experimentar de la vida, qué goce sexual al apenas le queda fortaleza para continuar mañana en la lucha por la existencia?

De ahí las discordias en el hogar, el retretimiento y la negación sistemática del verdadero amor.

¿Quién es el responsable de todo esto? La sociedad con sus prejuicios, con sus antagonismos; con sus leyes inhumanas de explotación. Con sus mordazas a la naturaleza, madre amantísima y siempre creadora.

La familia. ¿Qué se entiende por familia? ¿Cómo entiende la inmensa mayoría la humana paternidad? ¿Cómo la practica? Muy al contrario de cómo debe ser y practicar, de querer y respetar.

Actualmente, la familia queda sólo reducida a la que constituye un hogar, base del egoísmo paternal, no reconociendo a nadie más como acreedor al estímulo y sacrificio suyo.

¿Por qué esto? ¿Qué ley natural se defiende en tales cosas?

Me diréis que nada hay de más valor y mérito que lo creado por uno y que eso es uno mismo se aparta del cariño de los demás, porque está convencido de que aquello que ha puesto en el mundo al ver o creer que es obra suya lo debe de mirar como su propia obra.

Esto es un error, un excesivo egoísmo material. El hijo, el ser que se le da vida no es de los padres; no pertenece a los padres, puesto que la naturaleza es de todos y de nadie. El padre o la madre que así piensa se erige en dictador y en tirano.

Dictador, porque su voluntad se impone a la voluntad del hijo y se le castiga con la disciplina. En algunos casos hasta con soberbia, debido a la autoridad que sobre él se cree tener.

Tirano, porque le prohíbe de todas sus acciones, sealando aquello que se le ordena e inhabilitándole de esa forma del derecho a la vida.

Todo esto no es más que un mal interpretado concepto de humanidad y familia, producido también por el maquinismo capitalista en funciones de legislador.

platación y miseria, y la familia está incluída en esas leyes, en esa explotación y en esa miseria.

El amor a la humanidad queda reducido actualmente al amor sólo de la familia, del hogar, creado para estrechar en diez metros lo que debía abarcar el mundo entero.

Analícemos un hecho que la ley del hombre castiga y el vulgo castigo censura.

Supongamos que dentro de una familia hay dos hijos: varón y hembra. Los dos son jóvenes y en los dos ha despertado el amor sexual y sin ningún escrupulo se entregan mutuamente al goce carnal.

La mujer concibe de aquel hombre, de su hermano, y al verse en tal situación y temiendo a la marmuración y a la ley que castiga, opta por hacer desaparecer el varón que en su vientre encarna; y, un día, al venir al mundo el inocente, los dos hermanos le estrangulan, le matan.

El crimen se descubre, los dos se declaran reos y entonces la ley castiga dos veces, una por homicidio y otra por incesto. ¿Quién es el verdadero autor moral de esto? ¿El? ¿Ella? Ninguno de los dos; para demostrarlo explicaré cómo esos mismos personajes, víctimas de la sociedad, la ley les ampara, les defiende y les autoriza el matrimonio.

Puede afirmarse que se dan muchos casos de éstos, que los padres de los que en sus juventudes tuvieron amores en secreto y que en secreto también nació un niño, y que al verse en la afrenta, así afrenta se practica el amor libre, le llevaron al hospicio, es decir, le arrojaron al toro como quien arroja una pilitra a los perros.

Más tarde una tercera persona le adopta como hijo.

Los padres naturales de aquella criatura contraen matrimonio con arreglo a la ley y después nace una niña.

Han pasado algunos años; el niño y la niña llegan a la edad de la pubertad; son novios, se casan y todos son contentos.

¿Dejarán de ser los mismos hijos y llevar la misma sangre? Si. Entonces, ¿por qué la ley autoriza esto? Porque no hay causa. Luego la moral de hoy es una inmoralidad. Lo es porque se desenvuelve en un círculo vicioso de prejuicios y antagonismos, y porque es la impulsadora de cuantos crímenes se cometen en el mundo.

Hay motivos y razones para prescindir del reconocimiento de la familia, puesto que ésta es una fórmula compuesta a base de industria y comercio.

¿Es que la sexualidad puede sujetarse a una ley antinatural? No.

¿Es que la naturaleza admite la maldad de las leyes de los hombres? No.

La naturaleza sólo tiene una ley; los que esta ley disfrutan, son felices. En ellos está la verdadera libertad.

MINGO

